

Acerca de las fronteras en el Valle del Ebro (Siglos VIII-XII)

El historiador, al igual que el etnólogo y que el economista, ya trate de historiar las instituciones o la economía, las ideas que las «mentalidades», a medida que profundiza en sus estudios, aumenta su escepticismo. Lo mismo creo que afirman los estudiosos de otros, saberes, tenidos por más científicos y en tal supuesto por más «exactos». Pero esos son campos para mí vedados, en los que no debo entrar. Vengamos a lo nuestro.

La idea de frontera, por ejemplo, ha sido una de tantas que los historiadores, deseosos de aclarar conceptos, ponen en circulación de cuando en cuando, se discute en Congresos, tesis y monografías, y durante una generación, y a veces más, los epígonos siguen discutiendo y planteándosela como «problema». Lo mismo ocurre en los últimos cincuenta años en otros campos del saber histórico, en que los Congresos de Historia, sobre todo, han puesto en comunicación más directa las distintas Escuelas y sus corifeos.

Generalmente se buscan definiciones y conceptos claros, que tengan una aceptación general, lo que no siempre es factible ante la variedad de países, épocas estudiadas, formación de los historiadores y sus distintas mentalidades, sin contar el fondo político subyacente, querámoslo o no, en cuantos nos ocupamos de cuestiones de historia. Así, los conceptos de feudalismo o de realeza, caballería y vasallaje, las informaciones sobre cultivos y productividad, rutas de comunicación o de comercio, por ejemplo, tienen un valor muy limitado, frente al prurito del historiador —más peligroso cuando más prestigioso— de llegar a afirmaciones generales con un valor doctrinal y aleccionador.

En este sentido, la idea de frontera histórica a que aludía, ha dado materia para sabias disertaciones en Europa y América —Estados

Unidos, especialmente— y aun seguirá dando a historiadores y geógrafos, con sus vértices políticos, económicos, lingüísticos o simplemente culturales. Y es que, por más que lo pretenda, al geógrafo o al historiador le resulta difícil desprenderse del substratum nacional o cultural en el que vive o en el que se ha formado. Pero, como dice muy bien G. Barraclough, «hemos de estudiar el pasado por sí mismo y juzgar las edades pasadas —si juzgar es tarea pertinente a la Historia— por sus propios criterios, por sus propias normas, no por las nuestras».

* * *

Circunscribiéndonos al estudio del Valle del Ebro, al historiador le será difícil reconocer, por ejemplo, que para la Alta Edad Media los conceptos de frontera política, frontera religiosa o frontera económica y cultural no coinciden. Por eso el investigador se encuentra de pronto sorprendido con noticias «que no casa»: que un rey de Asturias del siglo IX envíe a su hijo a estudiar a la Zaragoza musulmana; que el Ebro siguiera siendo navegable, y por tanto ruta comercial y de viajeros, en el siglo X, XI y XII, desde Varea hasta Tortosa, lo mismo que en la época de Plinio; que las diferencias políticas y religiosas no fuesen obstáculo para los matrimonios, con alianzas firmes —con la firmeza que podían tener los matrimonios— entre princesas cristianas y gobernadores musulmanes que las gentes avancen de Norte a Sur, desde Navarra hasta Andalucía durante cuatro siglos, sin acomodación a ninguna frontera política, y al margen, naturalmente, de toda disposición regulada por la política o el derecho de los dos grandes conglomerados estatales —Castilla y Aragón—, pero detectables por la filología.

Lo cual nos da pie para sospechar de la existencia de los múltiples lazos que rompen la idea simplista —y ahora me refiero concretamente al Valle del Ebro— de tales fronteras, lazos que los escuetos cronistas cristianos o los más brillantes y detallistas musulmanes —todos triunfalistas—, omiten por ser de todos sabido, era el pan nuestro de cada día, y «de minimis non curat praetor».

Una historia de cinco siglos no puede ceñirse a las breves páginas de un artículo. Por eso me limitaré a glosar algunas noticias dispersas, cogidas de acá y de allá. Espero que algunas inciten a futuros historiadores a profundizar un poco más, contribuyendo a llenar los enormes vanos en que nos movemos.

EL EBRO, COMO VÍA QUE ROMPE FRONTERAS

Cuando Alfonso el Batallador, tras levantar el asedio de Bayona en el otoño de 1131, vuelve a sus Estados peninsulares, no tarda en en-

frentarse con una de sus ideas favoritas: avanzar por la ruta del Ebro para llegar a Tortosa, y poder emprender por vía marítima el paso a Jerusalén. El 8 de noviembre de 1132 había tenido lugar en Calahorra una solemne ceremonia para instalar los cuerpos de los santos Emerterio y Celedonio en un nuevo altar que fue dedicado por el arzobispo de Aux, el obispo de Osma en presencia del obispo de Calahorra, y sin duda del rey de Aragón. El documento que nos recuerda la noticia dice que eso se hacía cuando Alfonso «cortaba leña en San Millán y la llevaba hasta el Ebro, *ut per inde navigio ea deferret ad oppugnandam civitatem Dertosam et capienda divino adiutorio*»¹. Este mismo año Mequinenza caía en poder del rey de Aragón e inmediatamente comenzaba el asedio de Fraga.

Así, pues, la vía del Ebro era utilizada por Alfonso para llevar madera, y, en naves, tropas y bastimentos para las mismas, supongo que esto último desde Zaragoza, ya que hubiera sido difícil hacerlo por tierra siguiendo la orilla izquierda del Ebro teniendo que atravesar los Monegros². Parece que un caballero, a buen paso tardaba tres días en recorrerlos, según autores árabes, y alguno añade que un convoy lo hacía en seis etapas³.

Es curioso el corte de madera en los montes de San Millán para seguir el curso del Ebro hacia Zaragoza, toda vez que en 1187 era el monasterio de San Millán el encargado de facilitar los materiales para la reparación del puente de Zaragoza, que era de madera, por lo que percibía ciertas rentas que le facilitaba la entidad de la ciudad encargada de la *alcántara*⁴.

¿Desde cuándo aparecían estrechamente enlazados San Millán, Zaragoza, el curso del Ebro y Tortosa? La parvedad de los textos de que podemos disponer no nos permite asegurarlo, pero sí suponer que la utilización del Ebro como vía de navegación y de abastecimiento era muy remota, para el abastecimiento de madera de construcción —tan necesaria en el Valle del Ebro— y como salida al mar de los exceden-

¹ El día de la dedicación del nuevo altar en Calahorra, Arch. Cat. de Calahorra, *Códice*, I, fol. 268 v°; la referencia a la corta de madera en documento particular de 27 nov. 1132, LLORENTE, *Noticias históricas de Vascongadas*, IV, doc. 102; el mismo documento precisa que los dominios del rey llegaban por la orilla derecha hasta el castillo de Orta, a menos de seis millas de Tortosa. Algún documento un tanto optimista, daba ya por conquistada Tortosa ese año (*Arch. Municipal de Huesca*, leg. I, núm. 48).

² Año 1133, «in anno quando rex Andefonsus fecit suas naves et levavit illas ad terras gentiliium» (LACARRA, *Documentos*, núm. 172); año 1133, «quando domnus Adefonsus rex, domini Sancionis filius, missit suas bucas et suas galebas in Caragoça in Ebro, cum Dei gratia per ire in Hispania» (LACARRA, *Id.*, núm. 173).

³ *Crónica del Moro Rasis*, ed. Diego Catalán y María Soledad de Andrés, Edit. Gredos, 1975, p. 49; *Al-Udri*, trad. de F. de la Granja, núm. 145.

⁴ *Colecc. diplomática de Zaragoza*, ed. A. Canellas, I, núm. 21 bis.

tes de cereales; y, al regreso, a modo de lastre los barcos podían transportar por la misma vía viajeros y mercancías de poco peso y mucho precio. Así, en los incidentes a que da lugar la famosa embajada enviada por Otón I a Abd al-Rahmen III (955-956), los viajeros embarcan en Lyon para ser conducidos por el Ródano, descansan quince días en Barcelona «mientras se expedía un mensajero a Tortosa, primera ciudad del rey sarraceno»; de aquí a Zaragoza, sin duda por el curso del Ebro, para seguir a Córdoba⁵. En Tortosa, según Al-Himyari y otros autores árabes, se construían grandes barcos, para lo que utilizaban madera de las montañas.

Pero, ¿esta madera sería toda de la propia región o enviada desde San Millán o desde el Pirineo hasta la desembocadura?

Remontándonos un poco más vemos que Alfonso I no ideó ningún nuevo medio de transporte: Ya el fuero de Logroño (1095) habla de «rades» —*rates*, en el mundo romano— transporte por el río de madera como combustible y para la construcción, y volveremos a encontrar la palabra en Berceo⁶, que debe interpretarse como almadías, un medio de transporte de madera por esta parte del Ebro que podemos documentar en los siglos siguientes⁷. Por eso la construcción de molinos en aguas derivadas del Ebro, o presas, no podía hacerse en Navarra de forma que dificultaran el paso de las naves tanto a la ida como a la vuelta⁸.

Ahora bien, si el transporte de madera u otros productos, o la circulación de viajeros por el Ebro desde Logroño se documenta a fines del siglo XI, y es normal y habitual en los siglos siguientes; si en el siglo X los viajeros podían seguir el curso desde Tortosa a Zaragoza,

⁵ Texto y traducción en A. PAZ Y MELIA, *Embajada del Emperador de Alemania Otón I al Califa de Córdoba Abderrahman III*, Madrid, 1872, aparte del texto en *Monumenta Germaniae Historica, Script.* IV, pp. 335 y ss.

⁶ *Vida de Santo Domingo de Silos*, ed. J. D. Fitz-Gerald, núm. 223, mal transcrito el verso; véase R. LANCHETAS, *Gramática y Vocabulario de las obras de Gonzalo de Berceo*, Madrid, 1900, pp. 628-630; J. CARO BAROJA, *Notas de etnografía navarra*, en «Rev. de Dialectología», XXVIII, 1972, p. 11.

⁷ Acuerdos en 1197 entre Sancho el Fuerte de Navarra y la Orden del Hospital sobre la navegación en el Ebro, en parte también de naves para cruzar el río de una a otra orilla, S. GARCÍA LARRAGUETA, *El Gran Priorado de Navarra*, números 90 y 91.

⁸ Año 1237, *Comptos*, Cart. III, págs. 157-158; año 1253, *Comptos*, Cart. II, pp. 120-121, y S. GARCÍA LARRAGUETA, *El Gran Priorado*, núm. 341. Sobre el transporte de madera por el Tajo en 1192, véase J. GONZÁLEZ, *Alfonso VIII*, núm. 591. A falta de puentes en el Ebro —ya he dicho que el de Zaragoza era de madera y fue repetidas veces destruido por las avenidas (años 827, 838, etc., en LACARRA, *Hist. de Zaragoza*; había, como actualmente, barcas para cruzar el río de una a otra orilla; en el fuero dado por Sancho Ramírez, en 1091, a los que fuesen a poblar El Castellar, en las cercanías de Zaragoza, les concede que tengan barca para cruzar el Ebro, entre Pola (Torres de Berrellén) y Sobradiel, LACARRA, *Documentos*.

¿sería excesivo suponer que se trata de la continuación de lo que ya nos dice Plinio, para mediados del siglo I sobre la navegación por el Ebro?: «La corriente del Ebro, rico por su comercio fluvial, que nace entre los cántabros, no lejos del *oppidum* de Juliobriga, y fluye durante 450.000 pasos siendo navegable en un trayecto de 260.000 a partir del *oppidum* de Vareia»⁹, que es la actual Varea a cuatro kilómetros antes de llegar a Logroño, junto a un puente que cruzaba el Ebro, según Strabon¹⁰. El Ebro dicen los geógrafos árabes, desde que sale de los montes hasta su desembocadura tarda quince días; las gentes, añaden, cambian señales luminosas a una distancia de cien millas de lo alto de la plaza de Tudela hasta Mequinenza, y desde la fortaleza de Flux (?) hasta Tortosa¹¹. ¿Tienen estos cálculos algo que ver con el Ebro como vía fluvial?

No cabe duda de que el Ebro era utilizado como vía fluvial importante para el abastecimiento de Zaragoza, cuando menos en los siglos X a XII. En efecto, el primer peaje fluvial documentado en la Península es el del Ebro, datado en tiempos de Alfonso II (1162-1196); afectaba a las poblaciones sitas entre Tudela y Tortosa, y sabemos que se importaban por esta vía materias de poco peso y volumen, como he dicho, tales como materias primas y textiles y colorantes, cordobanes, papel, cobre, azúcar, especias, que seguían llegando de país musulmán: Valencia, Ceuta y Bugía¹².

Las tierras del Valle del Ebro podían abastecer todavía, durante la Baja Edad Media, de maderas de pino, encina, sabina, coscojo y otra leña para quemar, pero no de madera para la construcción, especialmente de barcos. Hemos visto que para ello utilizaban madera de los bosques de San Millán. Y, ¿desde cuándo los bosques del Pirineo navarro —Irati, Salazar, Esca, para seguir el curso del Aragón— o del Pirineo aragonés por el Cinca, abastecían el valle del Ebro de maderas de construcción? Sabemos que este medio de transporte y de abastecimiento de madera duró, en lo que al río Aragón y su afluente el Esca se refiere, hasta 1952, con la construcción del pantano de Yesa, pero ignoramos cuando comenzó. ¿Lo vendrían ya haciendo desde épocas más remotas, bajo dominio musulmán? Esta es la pregunta que se hace Caro Baroja: «¿Hasta qué punto las fronteras entre moros y cristianos que quedaban sobre el gran río impedían la comunicación de los montes y los cursos superiores de sus

⁹ Plinio, III, 21.

¹⁰ Strabon, III, 12.

¹¹ R. BASSET, según un geógrafo anónimo de Almería, en «Homenaje a Cordera», p. 644; *Tohfat el-Moluk*, en FAGNAN, *Extraits inédits relatifs au Maghreb (Géographie et histoire)*, Alger, 1924, p. 124.

¹² M. GUAL CAMARENA, *Peaje fluvial del Ebro (siglo XII)*, en EEMCA, VIII (1967), 155-188.

afluentes, el Aragón sobre todo, con las riberas del Ebro, donde estaban los mayores núcleos urbanos, como Tudela y Zaragoza? Es difícil —dice— responder a la pregunta, aunque hay derecho a pensar que la situación económica siguió las alternativas de la situación bélica. En todo caso, tanto en el lenguaje pastoril como en el de los almadieros, queda la huella arábica»¹³.

Punto de arranque era Tortosa. De aquí el interés que muestran en ocupar la plaza tanto los carolingios —Carlomagno y Luis el Piadoso—, como los reyes cristianos —Alfonso VI, Sancho Ramírez y Pedro I— antes de dominar Zaragoza, y, pensamos que como un medio de llegar a hacerse dueños de la capital del Valle¹⁴.

En todo caso, hasta la ocupación de Zaragoza por Alfonso el Batallador, el paso de los cristianos, bien desde Barcelona a Zaragoza, desde Zaragoza a Pamplona o hacia Castilla, o desde Barcelona hacia Castilla o Galicia no era una cosa insólita, ni mucho menos, tanto para clérigos como para mercaderes, príncipes o princesas. Algunos códices cristianos pudieron seguir esa ruta, no cerrada tampoco a la transmisión de libros, al igual que se enviaban desde Córdoba o Toledo a la Marca Hispánica, incluso para códices eclesiásticos escritos en Zaragoza. Las especias que, según el *Liber Sancti Iacobi* se vendían en Compostela, seguían la ruta de Zaragoza, bien por el curso del Ebro, o desde Valencia, cuyos mercaderes iban provistos de los salvoconductos oportunos¹⁵.

MONTAÑA Y VALLE

Mucho más difícil es señalar las fronteras políticas, lingüísticas y religiosas entre las gentes que poblaban la vertiente sur del Pirineo, en lo que a Navarra y Aragón se refiere, durante los siglos VIII a XII.

En el siglo VII todo el territorio aragonés, aun por encima de la Sierra de Guara hasta el Pirineo, estuvo oficialmente sometido a dominio musulmán, pero no ocupado ni menos islamizado. Nada sabemos de lo que pudo quedar de las estructuras político-administrati-

¹³ J. CARO BAROJA, *Notas de etnografía navarra*, en «Rev. de Dialectología y Tradiciones populares», t. XVIII (1972), cuad. 1 y 2, p. 11.

¹⁴ Luis el Piadoso hizo en vida de su padre varias tentativas tras la toma de Barcelona, fracasadas; AUZIAS, *Les sièges de Barcelone, de Tortose et d'Huesca (801-811)*, en «Annales du Midi», 1936, 5-28; del mismo, *L'Aquitaine carolingienne (778-987)* Toulouse-Paris, 1937, pp. 59-70; para Alfonso VI, Sancho Ramírez y Pedro I, véase A. UBIETO, *Colec. dipl. de Pedro I de Aragón y de Navarra*, Zaragoza, 1951.

¹⁵ Manuel C. DÍAZ Y DÍAZ, *Libros y librerías en la Rioja altomedieval*, Logroño, 1979, p. 222 y 256-257, etc.; L. VÁZQUEZ DE PARGA en *Las Peregrinaciones a Santiago de Compostela*, I, 61-62.

vas de siglos anteriores, si es que algo quedó, ya que los romanos utilizaron, por ejemplo los balnearios de Panticosa y Tiermas, y el recuerdo de una familia de grandes propietarios —la del patricio Sabiniano, de comienzos del siglo v—, sólo se ha perpetuado, que yo sepa, en el topónimo de *Sabiñánigo*.

Los linajes que detectamos en el siglo VIII, ¿surgieron entonces entre los montañeses de una y otra vertiente del Pirineo? Puede ser. Tal sería el caso de los Galindo, Céntulo, García, que vemos se extienden hasta Las bellostas (Sobrarbe). Contra Ibn Balaskut emprendió Abd al-Rahmen I una campaña hacia 781-782. Los cabezas de linaje se someterían pagando una capitación, y seguirían detentando el dominio de la tierra pagándola con dudosa regularidad. La estructura de la propiedad debió, pues, seguir siendo la misma: linajes que se apoyan entre familias de una u otra vertiente del Pirineo, sobre una masa de cultivadores pobres y miserables. Todavía en la documentación latina del siglo IX perdura la voz *meskinos* (Siresa, San Juan de la Peña, etcétera), sin duda recibida entonces en la acepción bien conocida¹⁶.

La guarnición visigoda de Pamplona capitula en un principio (antes de 718), y, con alternativas, la plaza se somete como apoyo necesario para que los musulmanes pasen a las Galias, pero Abd el-Rahmen I ya no puede asegurar su dominio sobre la misma, si no es, tal vez, a través de los Banu Qasi, cuyos propios dominios estaban un poco más abajo, quizá en Olite¹⁷. Cuando Carlomagno pasó hacia Zaragoza (778), parece que Pamplona está en poder de las gentes del país, *navarros*, tal vez protegidos por los Banu Qasi; en todo caso, en 799 Mutarrif ibn Musa, un Banu Qasi, que en aquel momento mandaba en Pamplona, fue muerto a traición por un sector de la población, creo que alentada y apoyada por una alianza acordada en aquellas fechas entre Luis el Pidoso y Alfonso II el Casto de Oviedo, hijo éste de una alavesa. Por eso no es extraño que en esta confusa amalgama aparezcan reducidos a servidumbre y entregados por el monarca asturiano a la iglesia de Oviedo, en 812, siervos como el clérigo Iñigo, otro Galindo con su mujer, tres hijos y una hija —con los significativos nombres de Céntulo, García, Juan y Humma—, adquiridos por compra¹⁸.

No voy a seguir al detalle las incidencias del sector navarro del Pirineo, que quizá pueda exponer en otra ocasión. Sólo me interesa, a

¹⁶ COROMINAS da, con error, como primera mención en las Glosas Emilianenses hacia 950.

¹⁷ Sugerencia plausible de A. CAÑADA JUSTE, *El posible solar originario de los Banu Qasi*, en «Homenaje a Don José María Lacarra en su jubilación del profesorado», I, Zaragoza, 1977, pp. 33-38.

¹⁸ S. GARCÍA LARRAGUETA, *Colecc. dipl. de la Catedral de Oviedo*, Oviedo, 1962, núm. 2. Su autenticidad es defendida por Sánchez Albornoz, Floriano y Fernández Conde.

los efectos de este comentario, el señalar que cuando en el primer tercio del siglo IX se inicia el gobierno de los condes de Aragón y de los reyes de Pamplona, no hay una frontera religiosa, ni lingüística o económica que separe a cristianos de musulmanes en el Alto Aragón o en la Navarra de la Montaña. Tanto los miembros de la dinastía de Pamplona del siglo IX como de la de los condes de Aragón, enlazan con cristianos o con musulmanes prestigiosos; en Aragón, más abierto a todas las tendencias, el conde Galindo II casa con Acibella, hija del conde García Sánchez de Gascuña, y después con Sancha, de la familia reinante en Pamplona; su hermana Sancha casaría con al-Tawil, walí de Huesca; en Navarra con miembros de la familia Banu Qasi, como clientes que eran de los emires cordobeses, pero estos emires se esforzaban de que tales clientes, ya que tenían el poder efectivo en la zona navarra del valle del Ebro, afirmasen su islamización y aprendieran la lengua árabe¹⁹.

La lengua árabe sería sólo patrimonio, en el siglo IX, de grupos muy reducidos; su religiosidad tampoco sería muy firme a juzgar por cómo cambiaban de religión al compás de sus intereses, la población del Alto Aragón, muy dispersa, pero relativamente densa, se autoabastecía de cereales, carne y vino, y seguía manteniendo relaciones económicas con la del Somontano. La frontera geográfica que formaban las sierras de Caballera, Gabardiella, Guara, Olsón, sólo separaban dos economías, en parte complementarias, y sin duda contribuía a abastecer los «bazares muy concurridos y prósperas industrias de Huesca» de que hablan el *Kitab ar-Rawd-Mitar* de al-Himyari, y el Idrisi; pienso que de pieles y tal vez de algunos minerales del Pirineo.

La convivencia entre las gentes de uno y otro lado de la frontera que recoge al detalle al-Udri— seguía manteniéndose, cesaría muy paulatinamente, a medida que al Norte y al Sur iban afirmándose las respectivas dinastías, aragonesa o navarra y cordobesa, y por otra parte se iban haciendo más frecuentes los contactos de los cristianos de las dos vertientes del Pirineo, desde Pamplona hasta Cataluña. Todo supone, como digo, un proceso lento.

Es un caso totalmente distinto al de la España Occidental, en la que la despoblación produce una separación física entre cristianos y musulmanes; una frontera bien perceptible.

En la España Oriental, una fase del cambio podría señalarse con el desprestigio de las familias de muladíes —Banu Qasi, especialmente— que en un principio dominan el Valle, y sobre todo con la definitiva sumisión de Zaragoza a la autoridad del Califa (937); otra,

¹⁹ Véase LACARRA, *Historia política del reino de Navarra*, I, 86-90.

con Sancho el Mayor, que establece el régimen de *seniores* o *tenentes* encargados de vigilar y defender la frontera cristiana.

En el siglo XI se afirma así una frontera militar, pero nos sería difícil imaginar hasta qué punto eran disimiles las gentes que poblaban las ciudades y los campos, salvo, naturalmente las minorías selectas —siempre reducidas— en uno y otro lado de la frontera política que se va afirmando.

En el mismo siglo XI no faltan cristianos, de clases dirigentes, que se van a tierra de moros —¿a probar fortuna?— y abandonan el señorío natural del monarca cristiano, con todas sus consecuencias.

DE NÁJERA A SALOBREÑA

He aludido a la existencia de una frontera lingüística que avanza desde Navarra hasta Andalucía, sin acomodación a ninguna frontera política. La noticia nos la da Diego Catalán, a quien resumo ²⁰.

Analiza un «dominio» lingüístico desconocido entre Castilla y Aragón, que «atraviesa de Norte a Sur casi toda la Península, hasta alcanzar el Mediterráneo, formando una ancha banda extremadamente compacta a caballo de la Cordillera Ibérica y de la frontera entre los antiguos reinos de Castilla y Aragón». Su aparente punto de arranque, en La Rioja y La Ribera navarra, le «lleva a pensar que tenemos en ella un precioso testimonio de la Hispano-romania desaparecido».

Diego Catalán analiza lo que califica de un «Estado latente en la Celtiberia», como lo sería el reino navarro de Nájera, en declive desde la batalla de Atapuerca (1054), que si no fue capaz, al restaurarse el nuevo reino de 1134, de establecer una «extremadura» propia, pudo crear «una esfera de influencia navarro-riojana a lo largo de la ruta de las sierras».

Esta hipótesis histórico social habría que seguirla desde los Cameros, Soria y Almazán, Medinaceli, Molina, Calatayud y Daroca, Albarraicín y Teruel, Santaver, Zorita, Huete y Cuenca, Castillo de Garci Muñoz y Alarcón, Requena, Chinchilla de Monte Aragón, Montiel, Alcaraz, Segura y Baeza, Murcia y Lorca, Almería y Motril, comarcas, dice, ni enteramente castellanas ni enteramente aragonesas.

Las grandes líneas de la historia política, en sus avances hacia el Sur, seguida o no de repoblación, cuyos documentos habría que analizar, le confirman en la existencia de ese «dominio» lingüístico hasta ahora no observado entre Castilla y Aragón. Señala cómo Alfonso VI

²⁰ Diego CATALÁN, *De Nájera a Salobreña. Notas lingüísticas e históricas sobre un reino en estado latente*, en «Studia Hispanica in honorem R. Lapesa», III, 97-121.

organizó, poco antes de morir, la frontera levantina del Imperio toledano sobre tres pilares de sólida apariencia: al Norte, frente a Tudela y Tarazona, se hallaba el gran condado najerense de García Ordóñez; el extremo Sur, cerrando el acceso a la Alcarria, lo ocupaban las tierras de Alvar Hañez, y el pilar central lo constituiría la recién conquistada Medinaceli. Pero, cinco años después de muerto Alfonso VI los dos puntales meridionales habían vuelto al Islam y el condado najerense, una vez muerto García Ordóñez, no tardaría en bascular hacia Navarra.

Ahora bien, Alfonso el Batallador, el rey «celtíbero», como le llama la *Historia Compostelana*, repuebla Celtiberia. Sabemos que en todas las empresas militares de Alfonso I colaboraron sin distinción de procedencias, sus vasallos ultrapirenaicos, aragoneses y navarros, pero los grandes esfuercos de Alfonso tuvieron como base de partida dos secciones diferenciadas de su reino pirenaico: «Si la ocupación, en 1117-1119, del valle del Ebro y de las fragosas hoces, páramos y sierras entre Aliaga y Morella se logra, sin duda, a partir de Aragón, en cambio, Soria, Medinaceli, Calatayud, Cariñena, Daroca y Monreal parece, en su orígenes (1120-1124), fueron una *frontera* del reino navarro najerense», y «si estas consideraciones son ciertas, las dos áreas léxicas del Sur del Ebro... tendrían una clara explicación».

Si Alfonso I, tras las paces de Támara (1127), obtiene como puntos avanzados hacia Occidente, Alava, Montes de Oca, San Esteban de Gormaz y Berlanga, a la vez se ve excluido definitivamente de la Extremadura segoviana. Analizando los datos de la historia política, señala Diego Catalán cómo entre Alfonso VII, el Emperador, y el conde de Barcelona desmantelan lo que llama la Gran Navarra, y, a partir de entonces, la Extremadura soriana, y, más al Sur, el señorío de Molina, quedaron firmemente adscritos al reino de León. «Sin embargo, dice, la reestructuración política del antiguo reino de Alfonso I en los años 1134-1137 fue tan súbita y profunda que el desplazamiento hacia Oriente de los límites del reino leonés de Alfonso VII no fue acompañado, a lo que parece, por movimientos de población».

Los sucesivos pactos entre Alfonso VII y el conde de Barcelona, y los descendientes de uno y otro, «no lograron obliterar, dice, el pequeño reino navarro». El último intento de Navarra por conseguir abrirse una frontera que le permita expandirse hacia el Sur ocurre más tarde, con las intervenciones de Sancho el Sabio para repartirse con el rey de Aragón los dominios del rey Lobo, pero fracasaron ante la nueva cooperación entre Castilla y Aragón para excluir a Navarra de la Reconquista (1170).

Pero si la impotencia navarra no le permitió crearse una «frontera», no impidió a los navarros intervenir en Andalucía. «Estas intervenciones de caballeros navarros o del propio rey don Sancho en

contra o en apoyo del rey Lobo son indicativas de la atracción que al-Andalus, como campo de acción, seguía ejerciendo sobre el reino de Navarra, a pesar de la concertada política de exclusión desarrollada por los dos grandes reinos vecinos». En la formación de un señorío navarro en Albarracín, cree ver clara, de una parte el movimiento demográfico que ocurrió, durante el siglo XII, a lo largo de la ruta de las sierras, «desde las orillas del Ebro (Azagra) hasta alcanzar el alto Guadalquivir y el alto Júcar; por otra, nos evidencia cómo los navarros de La Ribera y La Rioja, al igual que sus parientes los colonos de Soria, Medinaceli, Calatayud y Daroca, tuvieron al fin de cuentas, que integrarse políticamente en los grandes reinos de Castilla o Aragón si es que querían participar en la colonización de al-Andalus».

En resumen, estamos ante la explicación por sucesos políticos bien documentados, de la formación de una frontera lingüística que subyace hasta en la misma Andalucía, bajo la bien perceptible frontera política que separa al reino de Castilla del de Aragón.

Una argumentación tan meticulosa como la llevada a cabo, conjuntando los datos de la geografía léxica con la progresión de las variedades en la línea Norte Sur, podría en su día, tal vez, completarse con otros argumentos. Es bien sabido que el sistema sucesorio pirenaico provoca la emigración de los familiares que no han de heredar el patrimonio paterno: la Casa. La emigración de los hermanos montañeses, de parcelas reducidas, o en las que se aplica el sistema del heredero único, de no estar motivada por otros alicientes bélicos, es siempre hacia el Sur, donde abundan las tierras por poblar; los nuevos emigrantes suelen seguir los pasos de los que les precedieron, procedentes del mismo valle o contorno.

El estudio de ciertos usos agrícolas o contractuales, a veces reflejados en la documentación o en los fueros locales, podrían quizá completar la explicación de la formación de esta franja léxica fronteriza.

Un cierto paralelismo podríamos ver en la atracción que sobre los nuevos emigrantes de la misma procedencia ejercen hoy día, los de ciertas zonas que primero llegaron a las grandes ciudades, procedentes de zonas hoy deprimidas.

José María LACARRA DE MIGUEL
(Universidad de Zaragoza)